

Ibáñez Martín, así como del rector Pío Zabala, siendo entonces llamado Joaquín Ruiz Giménez a la cartera de Educación Nacional, quien a su vez ofrecería al catedrático de Historia de la Medicina el cargo. Para muchos, era ésta una esperanzadora conjunción de los sectores más progresistas y humanistas de la democracia cristiana y de Falange, en un proclamado intento de mejorar los cauces de expresión y la vida educativa y cultural española. Cuando Laín accede a su puesto, y tal como recordará en 1976, encuentra una universidad «mal dotada, más bien atónita, porque no podía ser ajena a la general desmoralización de nuestra vida civil, todavía no rehecha de la enorme sangría a que la habían sometido el exilio y la depuración, y de buen o mal grado habituada —once años bajo el mismo gobierno— a los modos y a las prácticas del mediocre Ibáñez Martín». Iba a hacer todo lo que estuvo en su mano por transformarla.

Para que la institución que se disponía a regir recobrar su presencia social, su función cultural y su actividad científica, el nuevo rector de Madrid fijaba, tanto para sí mismo como para la comunidad académica, seis objetivos. Expuestos ya en el discurso inaugural del curso 1951/52, eran éstos los siguientes:

«Progresivo robustecimiento de la unidad universitaria; cuidado eficaz de la formación profesional y exigencia constante respecto a la validez social de la enseñanza en nuestras aulas; ofrecimiento de una educación cultural básica —el “humanismo” que piden nuestros días— a todos los estudiantes, o cuando menos a la mejor parte de ellos; atenta revisión de cuanto se había venido haciendo en lo tocante a la formación política y religiosa; constante esfuerzo por mejorar el rendimiento de la investigación científica de la Universidad y, como consecuencia, establecimiento de un bien pensado convenio entre ésta y el Consejo; apelación constante e instante a la sociedad y al Estado en favor de la enseñanza universitaria.»

Como es obvio, y vista la evolución posterior de los acontecimientos en la que por entonces tomó el nombre (recordando momentos eminentemente liberales) de Universidad de Madrid —no Central, pero tampoco Complutense—, lo cierto es que la mayor parte de dichos objetivos, por unas razones o por otras, no llegaron a verse cumplidos. Y, en la medida en que parte de ellos todavía resultan recuperables por cualquier tipo de «regeneracionismo» académico, habría que preguntarse si es que pueden llegar a serlo. Es quizá, de todo ello, en aquello que se refiere a la reactivación de la vida universitaria y la mejora real de las enseñanzas, donde mejor y más duraderamente se cumplieron los objetivos del nuevo rector. Y no hay que insistir demasiado en lo que esto revela (junto a circunstancias de carácter biológico: los nuevos incorporados a la vida intelectual), acerca de la capacidad de gestión y la autoridad intelectual y moral de Laín entre sus gobernados. No demasiado gobernables, por otra parte.

Comenzando por lo más externo, como desde la cáscara hacia el núcleo, se intentará ahora otorgar «seriedad y recatado brillo a los actos corporativos». Con ello no se hacía sino cumplir —como en tantos otros momentos históricos en que se intentó impulsar la vida universitaria, regenerándola —con la Ley de Ordenación Universitaria, en cuyo preámbulo podía leerse que el propósito innovador del legislador no ignoraba «lo tradicional ni en el aspecto más externo». Y por ello se proponía restaurar «la castiza y solemne elegancia de patronatos, ceremoniales, emblemas y actos que decoran el honor universitario». Sin embargo, situándonos ahora dentro de este proyecto aperturis-

ta, se aprecia un nuevo matiz que no debemos dejar escapar. De hecho, se utiliza el ceremonial académico no sólo en actos políticos de corte legitimador sino, lo que es más importante, en honor de profesores jubilados o de personajes que enlazan sin grave dificultad con el pasado prebélico, incluso a veces se honra a alguno no demasiado bien visto por el régimen. El sentimiento corporativo —en su sentido más positivo y menos reductor— permite, de este modo, establecer un puente sobre las aguas aún turbias de lo prohibido, y el ceremonial discreto, pero revalorizador, juega así un determinante papel autoidentificadorio y legitimador.

La voz de la Universidad volvió a buscar su cauce: la *Revista de la Universidad de Madrid*, con el esfuerzo de colaboración de Miguel Artola y Juan Pérez de Tudela, recuperó su espacio y sus funciones, tumultuosa y anárquica a veces en las colaboraciones; otras más metódica y significativa, pero siempre espejo bastante fiel del quehacer externo de una parte del cuerpo académico. Incluso se intentó que Ortega volviese a hablar en la Universidad, sin que el filósofo aceptara. Pero la incorporación final de Eugenio D'Ors o la recuperación de exiliados de la talla de José Casas, Arturo Duperier o Julio Rey Pastor fueron logros de indudable valor, por más que al mismo tiempo que esto ocurría, se percibía netamente que habían quedado fuera del ámbito académico madrileño muchos de quienes, perteneciendo a una generación intermedia, la de los jóvenes que hicieron la guerra comprometidos profundamente en el bando republicano, no tuvieron otra opción que la del exilio si es que querían seguir desarrollando tareas de índole científica e intelectual, fuesen éstas las que fueren. De su ausencia, irreparable quizá, es bien cierto que se ha resentido profundamente la vida académica en las décadas siguientes. Y que quizá tengan que pasar muchos años aún como para que, incluso en condiciones de crecimiento científico superior al actual, pueda salvarse el grave hiato de su carencia.

La Asamblea Nacional de Universidades, organizada al cuidado de la madrileña, y reunida en Madrid y Alcalá de Henares en el verano de 1953 sólo toca levemente estos problemas. Pero permite aseverar con toda seguridad —como después comprobaremos— que aquellos más conscientes entre el profesorado español universitario del momento no eran —no podían ser— ajenos al asunto.

Respecto a la formación de los estudiantes, es claro que los intentos de mejora en las llamadas «marías» no consiguieron implantarse, imposibles en sí mismos por la propia concepción de las materias que había inspirado su imposición. Además, los medios eclesiásticos y los cuadros políticos no consintieron cambio alguno. Frente a ello, se pugnó por implantar cursos, organizar conferencias, reunirse en seminarios y abrir aulas que paliaran el profundo descontento que la mayor parte de los cursantes y lo mejor de los enseñantes manifestaban, más o menos frecuente y veladamente.

La cuestión de las salidas profesionales se hallaba ahí, en el fondo, inspirando toda una queja y un malestar que no siempre se definirían como instrumentos de tipo político. Pero también había quienes, habiendo conocido —más o menos de cerca— tiempos mejores para la ciencia y la cultura españolas no se resignaban, afortunadamente, a verlos desvanecerse en el recuerdo. La tarea de vertebración que a sí mismos se imponían se reveló, muy pronto, no sólo como extraordinariamente complicada y llena de escollos, sino también —y de esto probablemente no se fue entonces del todo consciente—

como abocada a la construcción final de un modelo de sociedad abierto, incompatible en términos absolutos con la penuria cultural que el nacionalcatolicismo exigía para mantenerse en estado puro.

Volviendo a la vida material de las instituciones madrileñas acogidas al marco universitario, se abren entonces las escuelas de Estadística, Psicología o Bromatología; se crean cátedras como la «de Madrid» (subvencionada por el Ayuntamiento) o la Huntington, inserta en el conjunto de fundaciones benéfico-docentes que, al terminar la década, eran ya veintinueve, con un capital de nueve millones y medio de pesetas. Funciona con éxito el seminario Menéndez Pidal, lo mismo que los cursos para hispanistas o los puestos en marcha por universidades extranjeras (la «New York University» como pionera), tomando la Ciudad Universitaria madrileña, de este modo, un carácter creciente de dinamismo y esfuerzo cultural. En este orden de cosas, y siempre dentro del intento de Laín de unir lo más estrechamente posible universidad y sociedad, se consigue que un grupo de magnates se reúnan en la «Asociación de Amigos de la Universidad de Madrid»...

No podía tampoco esta última permanecer al margen de las novedades que el período supone en materia de Planes de Estudio y reformas generales de la enseñanza. Los cambios de los años 1953 y 1954 fueron lanzados, sin duda, desde el equipo académico que rodeaba al ministro Ruiz Giménez, que acometió la tarea —como era de esperar, dado su talante esencialmente humanista— desde las reformas pensadas para Filosofía y Letras. Salamanca jugó allí un papel de primer orden: durante el curso 52/53 el rector Antonio Tovar introdujo de forma experimental la Sección de Filología moderna, con las especialidades de francés, inglés y alemán. Al año siguiente se implantaba en Madrid la novedad, y con carácter general, se autorizaban y generalizaban por decreto de 9 de julio de 1954.

Aquel mismo año, por orden de 4 de junio, se había reorganizado en Madrid la facultad de Filosofía y Letras, siendo entonces la preocupación esencial el mejorar las enseñanzas pedagógicas. En lo que respecta a Medicina, es fácil desde luego detectar la intervención del propio Laín y del decano García Orcoyen en las reformas que se acometen. Un decreto de 11 de agosto de 1953 había reorganizado aquellos estudios, atendiendo con cuidado al curso selectivo y diseñando una licenciatura en siete años. Después, por ley de 20 de julio de 1955, se conseguía una esperanzadora decisión sobre las especialidades médicas, decisión que todavía se amplió más tarde, pero que lamentablemente quedó únicamente sobre el papel, a lo largo de bastantes años. Lo cual no impidió, en efecto, que distintas escuelas de especialidad pudieran desarrollarse a partir de aquí, no obstante no contar con todo el estímulo que, en un principio, pudo esperarse. Fue, por último, durante el rectorado de Laín y el de su sucesor cuando se consiguieron importantes subvenciones para conseguir terminar con la construcción del Hospital Clínico Universitario.

La evolución numérica del alumnado se revelaba como satisfactoria, contando con la incorporación progresiva a las aulas de contingentes de procedencia social algo más diversificada. Todo ello muy matizado, necesariamente, y desde luego sin que las tasas de escolarización superior llegasen nunca a hacerse equivalentes a las de otros países de la Europa occidental. De todas formas, valga como elemento de comparación el in-